QUE ME LLAMEN RARA

Desde pequeña, Charlotte sintió que debía encajar en moldes que no estaban hechos para ella. Le decían cómo debía hablar, cómo comportarse, cómo vestir. A cada paso que daba había reglas invisibles que parecían dictar cómo debía existir. Intentó seguirlas, intentó encajar. Quería ser aceptada, sentir que pertenecía a algo. Pero en el proceso, se fue perdiendo.

Se miraba al espejo y no se reconocía. Era como si cada decisión que tomaba estuviera basada en lo que los demás esperaban, no en lo que ella realmente quería. Observaba a los demás moverse con facilidad en un mundo que parecía diseñado para ellos, mientras ella sentía que cada parte de su ser era un error.

Recuerda una vez, en la escuela, cuando le pidieron que hablara sobre lo que quería ser de grande. Vio cómo sus compañeros respondían con convicción: doctores, abogados, artistas, ingenieros. Ella no supo qué decir. No porque no tuviera sueños, sino porque los suyos parecían demasiado extraños. No encajaban con la idea que la gente tenía de ella. Así que guardó silencio y escogió la opción más segura.

Pasaron los años, y aquella sensación de desconexión no desaparecía. A veces se preguntaba si era la única que se sentía así. Si los demás, esos que parecían tan seguros de sí mismos, también luchaban con esa incertidumbre, con ese miedo a no ser lo que se esperaba de ellos. Pero nunca se atrevió a preguntar.

Un día, después de muchas dudas, decidió dejar de esconderse. No fue una decisión fácil ni un cambio repentino. Fue un proceso lento, como si quitara capa por capa todo lo que no le pertenece. Primero, la ropa. Dejó de vestirse como los demás querían y comenzó a elegir lo que realmente le hacía sentir cómoda. Luego, su voz. Empezó a hablar sin miedo, a decir lo que realmente pensaba en lugar de lo que creía que los demás querían oír. Finalmente, su risa, Dejó de contenerla, de hacerla más pequeña para no llamar la atención.

Esperaba rechazo. Esperaba que la señalaran, que se burlaran de ella. Pero algo

curioso pasó: la gente que realmente importaba la ayudó sin condiciones. Aquellos que solo estaban a su lado por la versión que fingía ser se alejaron, y aunque al principio dolió, después lo entendió. No era ella quien perdía algo; eran ellos los que perdieron la oportunidad de conocerla de verdad.

Con el tiempo, descubrió algo aún más sorprendente: no era la única que se sentía así. Empezó a notar en los demás esa misma inseguridad que ella había sentido, esa lucha interna entre ser quienes realmente eran o lo que el mundo esperaba de ellos. Y entonces comprendió: lo raro no era ser diferente. Lo raro era vivir atrapado en una versión de uno mismo que no nos pertenece.

Las personas pasan la vida tratando de encajar, de ser “normales”, como si la normalidad fuera sinónimo de felicidad. Desde pequeños les enseñan que hay un solo camino, que hay una forma correcta de vivir. Pero, ¿qué pasa con aquellos que no encajan en ese molde? ¿qué pasa con los que sienten que el mundo no está hecho para ellos?

Ahora lo sabía: la libertad no estaba en cambiar para agradar, sino en abrazar quién realmente era. La vida no era una carrera en la que ganaba quien mejor se camuflaba, sino una oportunidad de descubrirse y mostrarse sin miedo.

Y un día alguien le dijo: “Eres rara.” No fue un insulto, pero tampoco un halago. Era solo una observación. Charlotte sonrió y respondió sin dudarlo:

“Que me llamen rara. Prefiero serlo a vivir una vida que no me pertenece.”

Desde entonces, Charlotte camina sin temor a ser vista. Ya no quiere ser una sombra entre la multitud. No quiere ser una versión diluida de sí misma. No quiere seguir pidiendo permiso para existir.

Porque lo raro es vivir sin ser uno mismo. Y ella ha decidido vivir de verdad.